

**V**EINTICINCO años son trescientos meses, nueve mil ciento treinta días, doscientas diecinueve mil horas y trece millones ciento cuarenta mil minutos. O dicho en otros términos, la mitad de las esperanzas de vida al nacer de la mayoría de los seres humanos y la totalidad de su existencia productiva y útil. Veinticinco años, día por día y minuto por minuto, ha permanecido en prisión Fernando Carballo Blanco, puesto en libertad el pasado 14 de enero en el Reformatorio de Adultos de Alicante.

Fernando Carballo Blanco no es, sin embargo, ni un sanguinario asesino ni un monstruo sin entrañas ni corazón. Ni siquiera uno de esos expertos financieros que, manejando grandes empresas —Manufacturas, Matasa, Confecciones, Redondela o Sofico— escamotean limpiamente contenedores de millones y que raramente traspasan las puertas de una cárcel, salvados siempre por sus influencias o dinero, cuando no por algún providencial indulto. Fernando Carballo no es más que un trabajador español, que ha luchado —y lucha— en defensa de sus ideales libertarios de emancipación y justicia.

*—La primera vez que me detuvieron —dice con impresionante sencillez— acababa de cumplir los dieciséis años; ahora, cuando recobro mi libertad —ignoro si en forma definitiva o tan provisional como en anteriores ocasiones— he sobrepasado los cincuenta y tres. Toda mi vida de adulto ha girado en torno a los presidios y he pasado en ellos mucho más tiempo que en la calle.*

Hombre de mediana estatura, delgado, en cuyo rostro curtido de campesino castellano han dejado huellas profundas los sufrimientos pasados, habla con seguridad y firmeza, expresando con precisión ideas y sentimientos. Deja a su espalda una historia angustiosa, cuyo dramatismo se inicia en 1936, cuando su padre, obrero en los talleres de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte, es asesinado en Valladolid, y pasa luego en un doloroso peregrinar por medio centenar de cárceles y presidios de la España franquista. Los golpes sufridos le han partido muchas veces la crisma, pero el espíritu continúa firme y en pie, pensando, como siempre pensó, reafirmado en sus ideales por el trato sufrido, que, entre otras consecuencias, le ha dejado profundamente sordo. Fernando, uno de los antifascistas españoles que ha permanecido más tiempo en prisión, habla de sus varias detenciones:

*—En mil novecientos cuarenta fui detenido en Valencia —refiere—; en mil novecientos cuarenta y cinco, en Mora de Ebro; en mil novecientos cuarenta y siete, en Tarragona, y en mil novecientos sesenta y cuatro, en Madrid. En las dos primeras detenciones no fui condenado ni siquiera juzgado; en ambas,*



**Veinticinco años de presidios franquistas**

## **FERNANDO CARBALLO** **La crisma partida** **pero el alma entera**

*sin embargo, estuve encerrado largo tiempo. En la tercera me condenaron a trece años, de los que cumplí ocho; en la última, a treinta, de los que pasé más de doce entre muros y rejas. En total, he permanecido encerrado un cuarto de siglo largo. Sin contar, naturalmente, cuatro años más en libertad condicional y vigilada, teniendo que presentarme cada semana a las auto-*

*ridades para darles cuenta detallada de lo que hacía y cómo me ganaba el pan, sin poder cambiar de domicilio ni viajar sin notificarlo previamente y recibir la necesaria autorización.*

Fernando Carballo es carpintero de oficio, pero tiene que laborar también en otras profesiones. Tras su encierro en Valencia, ha de alternar la carpintería con la labranza, sembrando y recolectando arroz en las provincias de Valencia, Castellón y Tarragona. Es la época él-

gida del estraperlo, los salarios son de hambre y hay que multiplicar las horas de labor y los empleos para poder malvivir. De vez en cuando, se gana unas pesetas ayudando a un tratante de ganado. No olvida nunca que hay millones de presos políticos y sociales y procura auxiliarlos, entregando dinero a sus familiares o mandando paquetes con comida a las cárceles. Estos gene-

rosos envíos a los presos determinan sus detenciones de Mora de Ebro y Tarragona. De la primera escapa relativamente bien —aunque le cuesta permanecer largos meses en la cárcel de Reus—, porque se demuestra la falsedad del individuo que pretende robarle los víveres que lleva a la cárcel, y que le acusa de haberle agredido para justificar su propia agresión a tiros. De la segunda sale mucho peor librado. Detenido a poco de salir de su anterior encierro, le acusan de ser di-

rigente del Socorro Rojo; lo niega, aunque para convencerle de que firme le tienen varios días esposado con las manos a la espalda y sin soltarle ni siquiera para hacer sus más perentorias necesidades. La negativa le sirve de poco. Al juzgarle le condenan a trece años de presidio, sin acusación concreta ni pruebas de ningún género.

*—En los ocho años que pasé en diferentes presidios —indica Carballo— tuve que trabajar en distintos oficios, y aprendí a fondo el de sastre. Como sastre, trabajé al recobrar la libertad, primero en unión de un pariente, que era del oficio, y luego, con la que hoy es mi compañera, con la que me casé en junio de mil novecientos cincuenta y seis, y con la que tengo un hijo nacido en mil novecientos cincuenta y siete. Continué en el oficio hasta mil novecientos sesenta y cuatro, en que se produjo la última detención, que me ha tenido preso hasta hace tres días.*

### **Períodos, traslados y torturas**

En sus repetidos e interminables encierros, Fernando Carballo Blanco ha sufrido de todo: malos tratos, hambres, traslados y períodos. Conforme conocen por propia experiencia millares y millares de españoles —entre los cuales me cuento—, las cárceles franquistas no han brillado nunca por su limpieza, condiciones higiénicas, facilidades de vida o de comunicación para los reclusos. Casi siempre se ha comido mal, y durante largos períodos se han padecido en todas hambres generales y aniquiladoras. Y por encima de las angustias del encierro, de la falta de sanidad e incluso del hambre, sobre los presos gravitan durante siete interminables lustros dos graves amenazas: los llamados períodos y los traslados. Los primeros consisten en semanas o meses de completo y total aislamiento en celdas inhóspitas durante las veinticuatro horas del día, sin ver ni hablar con nadie, sin paquetes ni cartas, muchas veces sin poderse sentar y con un régimen alimenticio de pan y agua. Estos aislamientos pueden estar marcados por los reglamentos de prisiones, obedecer a un castigo por cualquier falta o deberse al capricho de algún funcionario; sea como sea, los aislamientos, cuando se prolongan, enloquecen a muchos, acaban con las energías de todos y determinan la muerte de algunos.

*—Yo me he pasado en períodos de aislamiento —afirma Carballo— un total de doscientos cuarenta y cuatro días. En esta situación pasé dos meses en el penal de Burgos, otro en el de Ocaña, cuarenta días en el Puerto de Santa María, treinta en Valencia y Tarragona y encierros más cortos en Córdoba, Alicante, Jaén y Carabanchel. Si todos han sido desagradables, ninguno tanto como el del Puerto de Santa María. Aunque allí el período se denomina oficialmente de sani-*

### **Eduardo de Guzmán**

ded, la celda estaba tan sucia y cochambrosa, que, entrando sano y libre de parásitos, cuando salió estaba destrozado, con piojos y sarna hasta en el fondo de los ojos. Pude soportarlos porque saqué fuerzas y energías no sé de dónde. Pero muchos enloquecieron o enfermaron allí sin lograr reponerse con posterioridad.

Mayor amenaza aún son los frecuentes traslados. El turismo penitenciario, extraordinariamente difundido a lo largo de toda una época, consiste en llevar a los presos de un extremo a otro de España, generalmente sin ninguna razón ni necesidad. Los reclusos los temen, no porque, como dice una copla popular, "Carriño le toma el preso a las rejas de su cárcel", sino porque son tales las condiciones en que se efectúan los traslados, que es afirmación general en los penales hispanos que "cuatro traslados equivalen a una sentencia de muerte". Fernando Carballo sabe de esto más que nadie, porque en los veinticinco años que ha estado recluido ha tenido que soportar cerca de medio centenar de traslados.

—He conocido por dentro las cárceles de Valencia, Reus, Sevilla, Alcázar de San Juan, Zaragoza, Linares, Yserías, Soria y Carabanchel, así como las prisiones centrales —presidios— de Burgos, Tarragona, Ocaña, Puerto de Santa María, Córdoba, Jaén y Alicante. He sufrido una larga serie de tras-

lados, todos los cuales duraron sin apenas excepciones semanas enteras. Hubo uno de ellos —el realizado en mil novecientos cuarenta y nueve, entre Tarragona y Puerto de Santa María— que duró nada menos que cuatro meses, con estancias más o menos prolongadas en Zaragoza, Madrid, Alcázar, Linares, Córdoba y Sevilla.

Son tantos los sufrimientos y las vejaciones en el curso de este interminable traslado, aumentados por el convencimiento de la suerte que le espera —el Puerto de Santa María es conocido entre los presos como el palacio de la tuberculosis y la antecámara de la muerte—, que intenta varias veces fugarse en su transcurso, prefiriendo que le peguen un tiro antes de llegar a su punto de destino. En Alcázar de San Juan —donde pasan varias noches durmiendo amontonados en un patio— trepa a uno de los tejados, pero rompe varias tejas y el ruido pone sobre aviso a los guardianes. En el tren en que marcha de Córdoba a Sevilla logra librarse de las esposas y trata de saltar por una ventanilla con el tren en marcha.

—Alguien me cogió de una pierna cuando ya tenía casi todo el cuerpo fuera. Acudieron los guardias y yo luché a la desesperada para tirarme, pugnando a puñetazos y patadas con quienes me sujetaban. No conseguí caer a la vía como me proponía, y hube de arre-

pentirme. Una vez que lograron meterme de nuevo en el vagón, me destrozaron a golpes. No contentos con esto, me esposaron a dos de los otros presos, pero con los brazos cruzados sobre el pecho, es decir, la mano derecha encadenada a quien marchaba a mi izquierda, y la izquierda, al que llevaba a mi derecha. En la estación de Sevilla se organizó una protesta general de cuantos velan el estado en que me hallaba. No obstante, nos llevaron hasta la cárcel andando a través del campo. Al entrar en la prisión, perdí el conocimiento, arrastrando a otros dos presos en mi caída, lo que asustó a los vigilantes, que tenían haberme matado al ver que no volvía en mí.

Veintidós días ha de permanecer en la cárcel de Sevilla antes de reponerse lo suficiente para continuar el traslado. Carballo guarda muy buen recuerdo de un sargento de la Guardia Civil que le trató con humanidad y deferencia en el trayecto entre la ciudad de la Giralda y el penal del Puerto. Pero la reclusión en este último constituye una dantesca pesadilla. El régimen interno es tan duro, con mala y escasa la comida. Los paquetes llegan con extrema dificultad, cuando llegan dada la distancia de su lugar de residencia y enflaquece de semana en semana. Lo mismo les ocurre al resto de los reclusos. Es una muerte lenta por carencia e inanición. A todos se les queda

grande la ropa, y tienen cierto aire de espectros. Por fortuna, cuando están a punto de perecer llega una orden de traslado a Ocaña.

—Yo estaba más muerto que vivo. No pesaba más de cuarenta y tres kilos, y apenas podía tenerme de pie. Es la única vez que he recibido con verdadero júbilo una orden de traslado. Tanto yo como mis acompañantes presentábamos un aspecto tan lamentable, que el director de Ocaña hubo de preguntar a los guardias que nos custodiaban: "¿Qué me traen ustedes? ¿Presos o cadáveres?".

Algunos de los presos no tardan en convertirse en cadáveres, pero Fernando Carballo no está entre ellos. Tiene una resistencia increíble y una asombrosa capacidad de recuperación, que le permite reponearse con cierta rapidez de los mayores quebrantos. Merced a ella y a su entereza de ánimo, el veterano militante de la CNT supera con vida los más angustiosos trances.

—Lo he pasado mal muchas veces —reconoce sincero—, pero sigo adelante. Una de las veces que lo pasé peor fue en agosto de mil novecientos sesenta y cuatro, a raíz de mi detención en la calle de la Princesa, esquina a la de Meléndez Valdés, donde estaba citado con Stuart Christie, que ya había sido apresado por la Policía. Me sacudieron duro en plena calle, y no me trataron mucho mejor en la Dirección. Si en Tarragona me tuvieron nueve días con las manos esposadas a la espalda, en Madrid me impidieron dormir durante más de una semana. Querían hacerme confesar que, de acuerdo con el compañero británico recién llegado a España, tenía perfectamente planeado un atentado contra Franco mediante explosivos. No lo consiguieron, aunque me pegaron cuanto quisieron. Pero como estaban recientes las campañas internacionales respecto a la forma en que habían sido tratados Grimau, Delgado y Granados —el primero, comunista, fusilado, y los otros dos, anarquistas, ahorcados en Madrid—, procuraban no pegar en la cara, donde los golpes dejan huellas claramente visibles, sino en el cuerpo. Eran golpes bajos, cualquiera de los cuales hubiera determinado la descalificación fulminante de un boxeador. No consiguieron hacerme confesar lo que querían, pese a lo cual me pidieron pena de muerte al juzgarme, y me condenaron a treinta años de prisión como terrorista. Cuando después de condenado fui trasladado a Burgos, los médicos del penal temieron seriamente por mi vida. Estuve mal una larga temporada, pero al final me repuse. ¡Ah, en esa época era director general de Seguridad don Carlos Arias Navarro!

## Huelga de hambre en Jaén y motín en Ocaña

Hablo con Fernando Carballo Blanco en Madrid a los tres días de



Fernando Carballo Blanco y su esposa, reunidos en Madrid tras largos años de completa separación.

## FERNANDO CARBALLO

su liberación en Alicante. No llamamos precisamente en el Mellá Castilla o el Eurobuilding, que los militantes de la CNT ni cuando retornan del exilio ni cuando abandonan las tumbas para vivos de los presidios franquistas, se hospedan en hoteles de cinco estrellas. Si hace unos meses hablé con Peirats en la modesta vivienda de un familiar suyo en el barrio barcelonés de Hospitalet, con Carballo Blanco lo hago ahora en un pisito del barrio madrileño del Pilar, cedido por un compañero para que descanse unas horas en el camino de vuelta a Valladolid el hombre que ha consumido en las cárceles buena parte de su vida. A la conversación asiste, lógicamente interesada, su esposa, Juana Rodríguez Olivares, una mujer animosa, simpática, todavía joven, que por vez primera en cerca de trece años ve a su marido sin que una larga serie de rejas y rastrollo se interponga entre ambos. A los dos les dura aún la alegría del reencuentro y la emoción del recibimiento tributado al marido en la plaza de España de Madrid.

—Fue algo inesperado para mí —confiesa Fernando—. Ver a centenares de compañeros esperando mi llegada en plena calle, oír sus gritos de ánimo, escucharles entonar "Las barricadas" y "Los hijos del pueblo"; me emocionó más que cualquiera de los terribles avatares que me ha tocado vivir en estos años de encierro. Hubo algo que me complació sobremedura: advertir la juventud de la inmensa mayoría porque significa la continuidad de las ideas y que las nuevas generaciones han tomado el relevo de los viejos militantes, cuyas luchas y sacrificios dan al final sus frutos.

Pero las referencias del presente dejan paso de nuevo a la evocación de un pasado todavía reciente. Carballo habla de los millares de compañeros con quienes ha convivido en las diferentes prisiones, de su entereza y espíritu para hacer frente a las más adversas circunstancias. Ha compartido penas, hambres y dolores con liberales, socialistas, comunistas y vascos. Pero contra lo que algunos han llegado a decir, con total olvido de la verdad...

—Tanto en mil novecientos cuarenta, en Valencia, como en mil novecientos cincuenta y cinco, en Ocaña, como en mil novecientos setenta y cinco, en Jaén, en todas las cárceles y en todas las épocas la mayoría de los presos sociales pertenecían a la Confederación. No sólo por responsabilidades derivadas directamente de la guerra civil, sino por actuaciones posteriores. En las cárceles he conocido a miembros de diez o doce comités nacionales clandestinos y de una cincuentena de comités regionales y federaciones locales. Estoy seguro de que a lo largo de los últimos cuarenta años no ha habido un solo momento en que no estuvieran en presidio unos centenares como mi-

nimo de militantes de la CNT. Que, por cierto —y lo proclama con satisfacción y orgullo—, si eran generalmente los que recibían menores paquetes, eran los más dispuestos a repartir lo poco que tenían con cuantos estaban a su alrededor, fueran del partido o la organización que fuesen.

La conversación deriva inevitablemente hacia la repercusión en el interior de las cárceles de los acontecimientos producidos en España durante los quince últimos meses. En septiembre de 1975, Fernando Carballo se encuentra en la prisión de Jaén, formando parte de una especie de comuna integrada por medio centenar de presos de distintas tendencias políticas.

—Por acuerdo unánime, todos nos declaramos en huelga de hambre —afirma—, como protesta contra los fusilamientos del veintisiete de septiembre. La huelga duró varios días, y a todos nos metieron en celda de aislamiento. No sé por qué, pero yo recibí el mayor castigo, acaso por considerarme cabeza visible de la general protesta. En cualquier caso, fui el único trasladado de Jaén en los primeros días del mes de octubre.

abajo les contestaban con algunos disparos guardias o funcionarios que no llegué a divisar. El alboroto y estruendo se prolongó durante varias horas.

Al anochecer varios guardianes abren la puerta de la celda y le ordenan salir con todo lo que tenga. Le trasladan a otra galería diferente, donde le encierran en una celda vacía, con el retrete atrancado, las aguas fecales derramándose por el suelo y con un olor insoportable, donde meten a continuación tantos presos que no tienen sitio siquiera para sentarse. Por lo que los otros le dicen, sabe que ha estallado un motín, que ha ocasionado varios heridos y que al final ha podido ser sofocado por las autoridades. Se entera también que a los que los funcionarios consideran mayores responsables les han desnudado para registrarles minuciosamente, y luego les han encerrado sin ropa ninguna en las celdas de aislamiento. En los días que todavía tarda en emprender el nuevo traslado hacia Alicante, Fernando se entera de lo sucedido.

—Causa directa del motín fue un engaño de que se hizo víctima a los presos de Ocaña, especialmente a

violenta protesta. Uno de los guardianes la emprendió a garrotazos con uno de los protestantes, saltándole un ojo. Los presos quisieron lincharle. Un compañero del vigilante echó mano a la pistola e hirió a uno de los reclusos; otro se la arrebató y disparó contra él. Minutos después, los presos eran dueños de parte de la prisión, teniendo como rehenes a varios funcionarios. Acudieron con presteza fuerzas de la Guardia Civil, que rodearon el penal primero, entraron posteriormente en él y consiguieron dominar la revuelta por último.

—¿Qué consecuencias tuvo?  
—Me sacaron de Ocaña con rumbo a Alicante a los pocos días, y no sé las medidas punitivas que se tomarían contra la mayoría de los reclusos. Sé que en numerosas celdas metieron completamente desnudos de seis a nueve hombres en cada una, y que por lo menos permanecieron en esa situación, sin ropas, mantas ni comida, durante días enteros.

## Amnistía para todos

Fernando Carballo, el viejo militante de la CNT, que, tras pasar veinticinco años en las casas de los muertos vivos, retorna a la libertad, aunque muchas veces ha creído que moriría en prisión, mantiene íntegras sus convicciones ideológicas, pero no siente odios ni rencoras. Olvida generosamente los sufrimientos propios para preocuparse por los ajenos. Aún quedan numerosos presos sociales y políticos en las cárceles de España.

—Tenemos que luchar todos, con mayor entusiasmo y energía que nunca, para conseguir una amnistía completa y total.

Ni siquiera cree que de esa amnistía deban ser excluidos los llamados presos comunes, víctimas en una mayoría de los casos de las injusticias de una sociedad capitalista y las condiciones anormales que España ha vivido con posterioridad a la guerra civil. Fernando, que ha convivido con ellos en sus muchos años de encierro, estima que también merecen una oportunidad para rehacer honradamente su existencia.

—Sufren incluso más que nosotros —añade—, porque a nosotros nos consuela y sostiene la grandeza de la causa por la que padecemos prisión y la ayuda moral y material de millones de compañeros de ideas, mientras ellos están solos y abandonados.

Con esta generosidad de ánimo se expresa Fernando Carballo, un hombre que ha pasado encerrado la mayor y mejor parte de su existencia. Es un trabajador español que ha padecido todos los dolores imaginables. Pero a quien si muchas veces rompieron la crisma, jamás consiguieron hacer doblar las rodillas ni el espinazo en gesto servil de sometimiento. ■ EDUARDO DE GUZMAN. Fotos: GUSTAVO CATALAN DEUS.



Fernando Carballo Blanco cuenta su impresionante peregrinar por las cárceles y presidios de España.

Parece absurdo que para trasladar a un hombre desde Jaén a Alicante le hagan pasar por Ocaña, pero así fue en el caso de Carballo. Ingresó en el penal de Ocaña de paso para Alicante, y va a parar a una celda incomunicada para cumplir el correspondiente período de aislamiento. En Ocaña le sorprende el motín de la población reclusa. No tiene ocasión ni posibilidad de intervenir en el mismo, porque está en celda de aislamiento, no le han dejado hablar con nadie, e ignora totalmente lo que sucede. Se entera de lo que ocurre dos días después de su llegada por los gritos y estruendo que le llegan de uno de los patios.

—Trepando materialmente por la pared —cuenta—, conseguí alcanzar el estrecho ventanillo pegado al techo de la celda. Por él no podía ver el patio, pero sí el tejado de las galerías del otro lado al que habían trepado numerosos reclusos que arrojaban al patio tejas, ladrillos y todo lo que tenían a mano. Desde

los comunes —relata—. A finales de septiembre se les pidió que firmaran en unas listas, que tenían como objetivo solicitar de la Dirección General de Prisiones el envío de algunas películas para proyectarlas en el penal. Una mayoría firmó sin recelar nada. Sólo unos días más tarde supieron por lo que publicaban los periódicos de Madrid que las listas en cuestión eran de felicitación y adhesión al Gobierno luego de los fusilamientos del veintisiete de septiembre. Como expresión de protesta, a unos presos se les ocurrió, con la aprobación de sus compañeros, dirigir un telegrama a Franco, en el que le decían que, puesto que tan bien se vivía en su España, era incomprensible que siguiese habiendo millares de presos. Dos de ellos se ofrecieron a presentarse con el texto al director para rogarle que le diese el curso reglamentario. El director montó en cólera y ordenó la inmediata reclusión en celdas de ambos. El resto de la población penal inició una